



www.loqueleo.com/ec

© 2026, Liset Lantigua

© De esta edición:

2026, Santillana S. A.

Vía a Nayón y De Los Granados

Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5

Teléfono: 2 3350 356

Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-50-197-4

Impreso en Ecuador por

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Enero 2026

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Andrea Carrillo Andrade

Corrección de estilo: Nadya Durango y Nicolás Jara Miranda

Diagramación: Jenny Jácome

Cuaderno de análisis: Sandra Fierro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Río de astros

Historias de mujeres
extraordinarias

Liset Lantigua

loqueleo

*Para mi mamá,
que se conmovió con la lectura de estas historias.*

*Para mi hija Pamela,
con tanto de cada mujer de este libro en sí.*

*Para Guillermo,
por la compañía, por el cuidado
y por el criterio lector.*

Con todo mi amor.

Índice

Gwen Lister, Sudáfrica/Namibia	11
La voz en el desierto del Kalahari	15
Rosa Poveda, Colombia	19
Un huerto en una esquina de la ciudad	23
Leymah Gbowee, Liberia	27
¡Firmen la paz!	31
Nazokat Begmatova , Tayikistán	35
En el suelo enfermo	39
Abia Akram, Pakistán	43
Unas alas de más	47
Monica Paulus, Papua Nueva Guinea	51
El fuego oscuro	55
Ahed Tamimi, Palestina	59
El roce mínimo	63
Berta Cáceres, Honduras	69
En el agua inmortal	75
Josephine Nambooze, Uganda	79
Puertas cerradas-abiertas	83
Rafea Um Gomar, Jordania	87
El cuento de la luz	91

Sofía Sprechmann Sineiro, Uruguay	95
Chan Sokun o Luna de la paz	99
Rebecca Lolosoli, Umoja/Kenia	107
La joya del pueblo sin hombres	111
Nemonte Nenquimo, Pastaza/Ecuador	115
Río de astros	119
Julia «Butterfly» Hill , Estados Unidos	125
El polen de la tormenta	129
Madres y Abuelas de Plaza de Mayo , Argentina	133
El adiós de las mujeres	139
Referencias bibliográficas	145
Cuaderno de análisis	163

Gwen Lister Sudáfrica/Namibia

En Costa de los Esqueletos, la niebla ocupa una desoladora densidad. Los vientos arrastran el desierto hasta el Atlántico. La noche reconoce la bruma de sus barcos desvestidos y el reparto de olas y ráfagas que los golpea. En los huesos —destino de naufragios— el musgo se quedó, y aún permanece en el rastro de Benguela, en el reverso de una aridez habitada por los escarabajos y por las aves al borde del país. ¿Qué puede saber cualquier tierra de eso que la nombra?

11

En 2017, Namibia apareció ante los noticiarios como una torpeza ilegible. El presidente de Estados Unidos se equivocó al nombrarla en su discurso ante la asamblea de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), pese a sus rinocerontes, a su inabordable litoral y a su independencia. La palabra se desajustó, porque una boca inhóspita hace eso: deja caer países, los arroja por sus propios acantilados. ¿Qué pensaría la mujer de esta historia mientras lo veía, si es que no estaba ocupada enseñando, escribiendo, en la cancha de *squash* o en su nomadismo lleno de colores?

Gwen Lister nació en Sudáfrica, en 1953. Estudió periodismo en tiempos desastrosos para el oficio: censura, *apartheid*, colonialismo, represión política... Se radicó en África del Sudoeste (luego Namibia) porque quería trabajar desde allí por la libertad de prensa, y desde allí jugó un papel clave en el trayecto hacia la independencia. Con inusual valentía, se convirtió en la primera periodista blanca en visibilizar las violaciones de los derechos humanos y las injusticias del *apartheid*, y en denunciarlas abiertamente. Su postura de apoyo a la SWAPO (Organización del Pueblo del Sudoeste Africano) le costó el puesto como editora del Windhoek Observer, pero, al año siguiente, en 1985, fundó The Namibian, primer periódico independiente y antiapartheid del país y actual referente del periodismo africano. A través de él atrajo la atención internacional sobre los abusos del régimen sudafricano en Namibia.

Fue perseguida, arrestada y duramente acosada por las fuerzas de la ocupación y su periódico recibió los embates más violentos de la censura, pero, a pesar de eso, el 21 de marzo de 1990 pudo publicar una noticia que fue un hito en el resarcimiento de la democracia y en la conformación de la nación: la independencia de Namibia.

Lister ha recibido los más grandes reconocimientos del periodismo en el mundo. En 2000 fue nombrada Heroína de la Libertad de Prensa Mundial y en 2004 recibió el Premio Coraje en Periodismo, de International Women's Media Foundation. También ha sido galardonada con el Windhoek Declaration Scroll (2016) (Pergamino de la

Declaración de Windhoek), un reconocimiento simbólico asociado a ese documento clave en la defensa de la libertad de prensa en África, proclamado el 3 de mayo de 1991. Además, fue distinguida con el Honorary Award 2022, de la Deutsche Afrika Stiftung (Premio Honorífico de la Fundación Alemana para África), y con el Lifetime Achievement Award 2024, en el AllAfrica Media Leaders Summit (Premio a la Trayectoria de Vida en la Cumbre de Líderes de Medios de AllAfrica), por sus contribuciones excepcionales —aún vigentes— a la libertad de prensa y a la democracia en el mundo.

La voz en el desierto del Kalahari

Había llegado casi con el tren. Todavía era estudiante. Hubiera podido esperar en la sala contigua, con bebedero y asientos de sobra para la gente, pero, a través de sus ojos se habían metido en su cuerpo varias claridades. Esperaría en el andén de los negros. No pisaría la sala contigua ni siquiera en verano.

Una anciana le hablaba a una joven; la consolaba más bien, se consolaba a sí misma: «¿Has visto cómo la lluvia remienda la tierra con sus agujas? Es lo que hará la vida con nosotras». Las escuchó al subir al tren en la estación de Pretoria, en el pasillo que el régimen había dejado para ellos en esa sociedad de dos colores.

Antes de que el tren emprendiera la marcha, volvió a buscarlas con la mirada y se dio cuenta de que la anciana seguía hablando con ese tono de canto sin melodía, y que la joven había empezado a llorar. Pensó en la recurrencia de ese dolor cotidiano y quiso que lloviera. Deseó ser agua sin color alguno, pero apenas tenía 20 años y un calendario de exámenes que marcaba el tiempo de modo oprobioso: como si no pasara nada.

Al cabo de unos años, estaba llegando a otro andén cuando la voz de la anciana volvió desde la memoria. Era ya una mujer a cargo de su vida. Se había despedido de los compañeros del diario dos días antes de ir a vivir al país del desierto más viejo del mundo. Sintió que había enlazado dos viajes fundamentales: aquel de años atrás, en el que oyó a la mujer hablar de las agujas de la lluvia, y este de ahora, que era un viaje al centro mismo de la sequía.

«Es mejor morir», le oyó decir a un hombre al que le pedían su pasaporte mientras caminaba hacia la salida de la estación. Al hombre, que había nacido allí mismo, se lo llevaron por ambos brazos.

Ella tomó un taxi.

—Lléveme a los acantilados.

Era mediodía. Se acercó a una de las paredes de un monolito. Fue agradable deslizarse de espaldas hasta quedar en el suelo como una niña. Tomó su máquina de escribir y redactó un extenso editorial sobre la justicia. Recordó la leyenda de cuando solo existían el cielo y el agua y Obatalá —que era hombre y mujer a la vez— pidió permiso a los dioses para crear la Tierra.

Al día siguiente se dio cuenta de que tenía un oficio de hombres en un país de hombres y un largo camino entre las fuerzas del régimen y el silencio de los que no tenían voz. «Más importante que el color es la voz», se dijo.

Detrás de su escritorio, un director perfumado le comentó que hacía buen calor para cerveza. Ella lo ignoró y más bien se dedicó a aprender las voces del silencio a pulso sobre las calles, múltiples voces cesadas en una pausa de años.

Regresó al acantilado mil veces con su máquina, como una hilandera de rueca a seguir destejiendo el presente en el que solo unos parecían merecerlo todo desde el origen del mundo. De allí salían los titulares a la mañana siguiente. La mujer se volvió tan visible como un arcoíris y los hombres que tenían el poder desearon apagarla.

Fundó su casa entre las teclas de la máquina de hacer la voz y un día vio brotar un ojo de agua lleno de palabras. Muchos llegaron a beber y empezaron a llevar en sus labios

la canción del agua que la mujer estaba haciendo brotar. Así nació un diario que fue destruido por los nervios del régimen. Algunos le disparaban con fuego y otros gritaban que había que desaparecerla. Todo ardió pronto. Pegaron sobre su puerta un cartel de clausura gigante, pero antes de que los del gobierno se alisaran sus corbatas, ella y su ejército de corresponsales fundaron un nuevo diario que fue un mar de denuncias al viento, una imparable comunión de gritos bien articulados. No estaba sola como Obatalá en el inicio de todo.

El régimen comenzó a morderse la cola sin darse cuenta, porque creía que estaba masticando a la mujer y disfrutaba, con los ojos cerrados, el dar y dar de los incisivos y su saliva narcótica. Y aunque quisieron envenenarla, teñirla de blanco muerte, reventarla a balazos o esconderla, no pudieron.

En los momentos aciagos, ella recordaba las palabras de la anciana de la estación de Pretoria y seguía. Y tanto siguió, que pudo celebrar la independencia entre los huesos de las máquinas que les habían quemado, cuando el concierto de voces ya había inundado el aire del continente.

¿Qué determina la esperanza en el desierto del Kalahari? ¿El paso agotado del Orange? ¿El suelo de la sequía? La mujer no desdeña el favor de esas agujas líquidas para la vida.

Un día le pidieron un mensaje para otras mujeres y niñas y ella dijo: «Nunca pidan perdón por ser mujeres». Y hace un tiempo, ante la dificultad de un presidente al intentar pronunciar frente al mundo el nombre del país al que ella llegó para quedarse, la mujer de la voz solo dijo para sí misma: «Namibia», como quien pronuncia un nombre muy amado antes de irse a dormir.

Rosa Poveda Colombia

La génesis de todas las civilizaciones son sus semillas: unidades biológicas y espirituales que han augurado la vida y sobrepasado la barrera del tiempo en su casi improbable supervivencia. Antiguamente, eran domesticadas con conjuros. Bajo la luna creciente, los brotes horadaban la tierra, buscaban el vaho de las madrugadas y la paciente claridad de los ojos que aguardaban por ellas. Desde hace más de diez mil años hemos anhelado verlas germinar. Desde hace miles de años, hemos sido cómplices ciegos o videntes de su desaparición. Cargan con nuestra historia genética. Si se perdieran, parte de ese relato mutilado dejaría de existir; sería mera hipótesis.

19

La vida de esta mujer-semilla habla de ello. Como cualquier semilla recuperada, volvió a brotar, y desde entonces no ha parado de ser llevada, en una migración agradecida, de boca en boca y de mano en mano, saciando el apetito y la esperanza de quienes aman la tierra.

Y es que con 6 años apenas, Rosa Poveda fue raptada de su casa en Boyacá, Colombia, y vendida en la ciudad. Era hija de campesinos. Como no satisfizo a los que iban a pagar

por ella, la pusieron a trabajar en el servicio doméstico. De pronto —antes de los 7—, ya era algo a golpear y a maldecir.

Vivió incómodos movimientos o trasteos —como ella los llamaba— y aprendió varios oficios en los años que siguieron a la tragedia del rapto, siempre en manos de otros, hasta que una señora la acogió, la puso a estudiar de manera informal en liceos del Ejército y se encargó generosamente de su subsistencia hasta los 17 años.

20 Ni siquiera al crecer, en el viraje material que dio su vida, cesaron las carencias. La joven seguía sintiéndose fuera de lugar y decidió partir a construir su vida junto a un hombre. Con el tiempo, el peso de la casa y la maternidad le abrieron otra vez la puerta y entonces siguió sola, ya con hijos. Tras un largo ir y venir llegó a comprar un terreno en la localidad de Suba, al noroeste de Bogotá, y en él se quedó con ellos, pero, como otras familias, la suya recibió el asedio de paramilitares y debieron volver a desplazarse, ahora bajo amenazas, porque la mujer-semilla había denunciado varios crímenes cometidos allí.

Aunque era tiempo para perder más que para hallar, en este nuevo tramo la mujer encontró un lote en el barrio La Perseverancia, en Bogotá, y emprendió el sueño de sembrar y enseñar a sembrar en él, aunque para ello debiera deshacer el bosque de basura de décadas que era ese lugar. En ello se encontraba cuando uno de sus hijos fue asesinado. Tenía 21 años. Rosa vio en su muerte aquellas amenazas, se abandonó a la parálisis del dolor, se apartó del mundo —y el mundo de ella—, hasta que una amiga vino a decirle: «¿Usted cree que al dejar de trabajar, quitándole a otra gente

la posibilidad de lo que usted sabe o lo que ha venido enseñando, su hijo volverá?». Y como quien retorna del fin de un mundo triste para siempre, ella volvió.

Ahora, Rosa Poveda es pionera en temas de soberanía alimentaria y agroecología. Logró implantar su granja escuela ecológica «Mutualitos y Mutualitas» y su experiencia se ha replicado en varios países de Latinoamérica y Europa. Es referente de lucha y trabajo por el buen vivir, la paz y la alimentación.